

CATEGORÍA TALENTO JOVEN

ENTRE NATURALEZA Y ACULTURACIÓN

En la categoría Talento Joven, los/las estudiantes participantes despliegan su imaginación y las cotidianidades del contexto definidas en dos grandes dimensiones: naturaleza y aculturación. La primera es descrita con todo un esplendor natural, los animales, de su medio rural, desbordante de tradiciones y leyendas escuchadas, que son reproducidas por los autores/as la segunda, a la incidencia del conflicto armado, lo que en sus instintos enmarcan en la mayoría de los relatos a través de sueños, reflejándose una incorporación real de estas situaciones sociales del país. Se avizoran, mínimamente, contextos fuera de su medio, dentro de lo internacional. En todos los casos se percibe la búsqueda de la libertad y desarrollo a través de la escritura. En adelante, se dan a conocer los datos biográficos de los ganadores, así como el análisis del canon discursivo de autores, de acuerdo con sus criterios en el oficio de escribir y percepciones de la subjetividad.

Integran esta exaltación un total de 8 estudiantes; tres de ellas mujeres y el resto varones. En su mayoría los/as estudiantes hacen parte de la IED (Institución Educativa Departamental) Liceo Ari-guaní, exceptuando a dos estudiantes (CT5 y CT8), que son de la IED Benjamín Herrera, y uno, (CT7) perteneciente a la IED Simón Bolívar sede tres. Los promedio de edades están entre los 14 y 18 años de edad. En su mayoría, en 2017, están en la etapa de culminación de la Básica Secundaria.

Las aspiraciones de todos los/las concursantes se centran en la culminación de sus estudios secundarios; en algunos casos en las definiciones concretas del pregrado. Por ejemplo: Ingeniería de Sistemas, Medicina y Administración de Empresas (CT3, CT5 y CT7). Expresan su interés en avanzar con el oficio de escribir, a la par del deseo de desarrollar sus potencialidades en distintas profesiones y lo manifiestan de la siguiente forma:

“Seguir creciendo en este ejercicio” (CT2).

“Quiero seguir escribiendo historias y fábulas” (CT3).

“Destacarme en el mundo de la lectura” (CT4).

“Seguir creando cuentos que motiven a la juventud de hoy” (CT5).

“Ser un gran escritor” (CT7).

Tabla 2.3.
Ganadores/as Categoría Talento Joven

Lugar	Nombre e Institución que representa	Fecha y lugar de nacimiento	Código	Título	Nivel de estudios		Género	
					2014	2017	F	M
1°	Nelson Enrique Arrieta Viloria IED Liceo Ariguani	20/09/2002 Santa Marta, Magdalena	CT1	Fabián Andrés y Los patines mágicos	7°	10°		X
2°	Tiffany del Carmen Lajud Castillo IED Liceo Ariguani	08/07/2002 Ariguani, Magdalena	CT2	Yahoo Habita en el patio de mi casa	7°	10°	X	
3°	Manuel Joaquín Alfaro Benavides IED Liceo Ariguani	22/08/1998 Ariguani, Magdalena	CT3	EL gaitero, ratones y gatos	7°	10°		X
4°	Valeria Valencia Jiménez IED Liceo Ariguani	01/11/2001 Bogotá, Cundinamarca	CT4	La sabiduría de las hormigas	7°	10°	x	
5°	Helka Daneth Vialba Pérez IED TA Benjamín Herrera	21/04/2003 Bosconia, Cesar	CT5	La ranita y el toro	6°	9°	X	
6°	Fernando José Ospino Cortina IED Liceo Ariguani	12/08/2000. Ariguani, Magdalena	CT6	Una máquina para viajar al futuro	8°	11°		X
7°	José Carlos Hernández Salcedo IED Simón Bolívar Sede Tres	07/07/2002 Ariguani, Magdalena	CT7	El bosque de la muerte	7°	10°		X
8°	Richar Alexander Rodríguez Gamarra IED TA Benjamín Herrera	12/11/2002 Ariguani, Magdalena	CT8	El perro que no sabía ladrar	6°	9°		X

Fuente: Elaboración propia ganadores/as de Categoría Talento Joven

Es loable, porque tienen deseos de ser referentes ante sus pares en esta actividad, a partir de la creación de historias y fábulas, lo que marca una línea dentro de la literatura. En general, son inclinaciones favorables para sus aspiraciones en el futuro, como faro que guíe el camino, en medio de la conmoción que vive la sociedad actual.

Dentro de la conducción de su interés por la escritura está la incidencia del núcleo familiar y escolar. En el primer caso es valorable lo vinculante que son las relaciones filiales, en los grados de parentesco lineal, en primero y segundo grado (padres e hijos; abuela y nieto), como el tercero (tíos y sobrinos), en inculcar la escritura como cultivo de la personalidad, que los hace tener atributos diferenciadores. Todo lo anterior es refrendado por los/las estudiantes en los análisis del discurso, en las siguientes unidades de sentido:

El profesor Germán Lajud quien es mi padre y profesor de español y literatura (CT2).

Mi abuela materna y mi tía (CT3).

Mis padres fueron una ficha fundamental (CT6).

Lo anterior, ante lo disfuncional de las tipologías de familias contemporáneas, unidad y comunicación entre sus miembros en la consolidación de la formación personal y las definiciones de su vida adulta. Hay una connotación diferencial, pues además de ser

el padre (CT2), es su profesor de español y literatura (D4); lo cual es positivo por la transferencia de saberes, además de los valores ancestrales implicados en la escritura de la estudiante (CT2). En todos los casos del nivel familiar es una ganancia como transmisión intergeneracional de sus realizaciones.

En el segundo caso, referente a lo escolar, hay un alto grado de motivación de parte de los/las profesores de cada una de las IED que participan, quienes además de ser sus docentes, orientan los actos creadores en sus inclinaciones al escribir. Se destacan aquí, los/as docentes (D3, D4 y D5). En las siguientes expresiones de estudiantes se demuestra el aporte que hacen los profesores de las distintas Instituciones Educativas:

En la parte académica mi profesor de español Germán Lajud (CT4).

Deisy De Ávila y demás maestros (CT5).

En la parte académica los profesores Manuel Doria y Eva Rivera (CT8).

Es así como la interconexión entre el ámbito familiar y escolar cumple su función social y académica en la conformación de ciudadanos potencialmente activos en la toma de decisiones y en sus proyecciones.

Por otra parte, sobre las expectativas objetivadas de su realidad,

los/las estudiantes se expresan en dos niveles: evocando lo local y lo nacional.

1) **Local**, se presenta en dos partes: primero se resalta lo literario; luego, el desarrollo. En ambos casos, se emplean adjetivos posesivos: mi pueblo.

a) Lo literario, son deseos de reconocimiento, desde la localidad, con sentido de pertenencia, en los talentos jóvenes que puedan destacarse a nivel nacional. Lo corroboran de la siguiente manera, en los actos de habla de los/las estudiantes:

Que los jóvenes de mi pueblo sean reconocidos por el gran talento literario a nivel regional y nacional (CT1).

Quiero que tanto en mi pueblo como en el país incentiven más a los jóvenes como yo a que amen la lectura, a que se arriesguen a escribir todo lo que piensan y crear nuevas historias (CT3).

Que mi pueblo sea reconocido a nivel nacional a través del relato oral (CT4).

En todos los casos se deja entrever una fuerte sincronía con su lugar de origen y el desarrollo colectivo como un gran anhelo de los jóvenes.

b) En el desarrollo se analizan, en segundo orden, las latencias presentes en el escenario local, en la superación de las desventajas en las áreas de la educación, salud, infraestructura.

Con su propio lenguaje lo expresan así:

En mi pueblo quiero que mejoren la atención en la salud y la educación (CT5).

En mi pueblo quiero que mejoren las calles y construyan más colegios (CT8).

Los anteriores son, en definitiva, esos anhelos de desarrollo surgidos de esas realidades palpables de la vida de su poblado Ariguani.

2) **Nacional**, es comprendido en la relación de la construcción de paz y deseos de progreso.

a) La paz es lo derivado de los diálogos en 2016 y los resultados, que evidencian la necesidad de la reintegración social, acompañado del fomento a la lectura; además del arte como parte fundamental para el manejo del tiempo libre de los jóvenes. En sus propias palabras:

Que se alcance la paz, mejorar las condiciones económicas y culturales, que abran espacios como bibliotecas con talleres de lectura, música y teatro (TJ2).

Que haya paz en todos los rincones de mi país, que los gobernantes abran espacios en donde los jóvenes puedan leer y escribir (CT7).

Las bibliotecas, hacen parte de sus pretensiones; de igual manera,

la superación de los condicionamientos económicos y culturales de la población, los cuales concuerdan con más de los de un 40 % de la población colombiana, fuera de la línea base del país de Necesidades Básicas Insatisfechas (NBI), que se encuentra por debajo de lo aceptado para el bienestar general.

- b) El progreso, los jóvenes son conscientes que hay avances que dan significado a la situación real del país; lo relacionan también con las ambiciones esperanzadoras de paz, educación y empresa. En los siguientes segmentos lo explicitan:

Que en la región y el país que haya progreso y paz (CT5).

Las expectativas es que poco a poco vamos avanzando y mejorando a nivel de la educación para que hayan más profesionales de nuestro medio (CT6).

Que la región y el país progresen en la parte comercial (CT8).

En sus relatos se plasma, en suma, un imaginario de florecimiento del país y del nivel local; una forma de abstraer existencialmente y proyectar el fortalecimiento de esas áreas que requieren mejorar en el país y su poblado; sus representaciones se conectan entre lo económico con enclave educativo. De este último se deriva la necesidad de la lectura y la escritura, lo cual se convierte en prioritario para los jóvenes como grupo poblacional específico con derecho al acceso democrático a la cultura y, de manera especial, a las bibliotecas.

JURADO, GINA MORALES ACOSTA

1^{er} lugar: Fabián Andrés y Los Patines Mágicos

Nelson Enrique Arrieta Viloria

Entendí lo que sucedía en aquel lugar, porque alguien llegó a mi casa a hablar de una reunión urgente. Dos horas después, los que llegaron, discutieron tanto que pensé en un muerto. Pero al final no sucedió. Tantas querellas para decir, sí, a la construcción de un patinódromo, que levantaron exactamente en la loma donde a mí, y a mis compañeros se nos luyeron los pantalones de tanto rodar abajo y jugar a las corridas de toro. La afamada construcción sería utilizada en los Juegos Nacionales de Patinaje. La ciudad de San José de Oriente, donde vivo, fue escogida para hacerlos.

Dos años después, la monumental obra había sido terminada. Desde la puerta de mi casa parecía una nave espacial, y en las noches iluminaba todo el barrio. Además, las calles para llegar a él, fueron pavimentadas. El día de la inauguración, nuestras casas salieron en la televisión, y pude identificar desde lejos la de mi mamá. Yo me imaginaba campeón del mundo. Pasó aquel alboroto de ocho días y la vida en el sector volvía lentamente a la realidad acostumbrada, pero con aquella mole de concreto que nos miraba por donde nos moviéramos en el barrio. Pasó un tiempo, y un día cualquiera llegaron carros y, con ellos, personas de otros barrios. Yo me interesé y me acerqué a ver, mientras que el resto de mis amigos termina-

ban de adecuar, descalzos, una plazoleta para jugar fútbol. Desde que repartí la mirada en el interior del escenario deportivo me sorprendió su belleza, cerca estaba una señora elegante que ayudaba a su niña para que entrara a la pista donde la esperaba, junto con otros niños, el entrenador.

Con la imaginación, desde una esquina, donde el celador no me veía, yo hacía lo que el entrenador pedía que hicieran los muchachitos, también de mi edad. El entrenamiento se hacía de lunes a sábado, todas las semanas a la misma hora: esperaba con disciplina, y contestaba el llamado a lista sin que dijeran mi nombre, yo Fabián Andrés, el hijo de Marta, hacía parte de la escuela de patinaje Los Corre Camino. El celador, al darse cuenta de mi presencia, que estaba prohibida, me sacó por el cuello y de inmediato volví a la realidad. Lloré el resto del día. Mi madre, al escuchar mis razones, me dijo que un par de patines, de esos, valía más que nuestra casa de cartón y plásticos, junto con el terreno donde estaba. Eso fue peor. Desde ese día miraba hacia el patinódromo guardando la distancia, debido a las advertencias del celador.

Pero un día, impulsado por las ganas, terminé en el mismo punto estratégico desde donde antes observaba. Ese día la mujer que acostumbraba acompañar a la niña hermosa que vi el primer día, me vio donde estaba agarrado de una columna. Se me acercó y me pidió que entrara por la puerta principal, por donde debían entrar.

Ella habló con el celador y este accedió. No podía negarse, se trataba de la mujer del gobernador departamental, la primera dama del departamento.

Ese mismo día me preguntó si quería aprender a patinar. –Yo sé patinar, le dije. Confiada, me cedió un par de patines de su hija. Me ayudó a calzármelos, y me mandó a la pista. El golpe que recibí en la cabeza, fue tan fuerte que perdí el conocimiento por unos segundos. La señora cambió de color, pero al verme los movimientos, se tranquilizó. Eso sí, de una me ordenó que le entregara los patines, no sin antes sobarme y animarme a seguir. Yo estaba seguro que había aprendido a patinar de tanto imaginármelo. En la noche soñé y de tanto soñar los días siguientes, una noche caminé hasta el coliseo. Me asomé, y una joven danzaba en la pista, lo hacía para que yo la viera. Brincaba y caía, corría a alta velocidad. No lo podía creer. Bajé y regresé a mi casa. Me acosté admirado, no sentía susto. Al no conciliar el sueño, me asomé por un lado del cuartucho, para ver hacia el coliseo. Al frente de mí, estaba la joven. Era un encanto, bella. Estiró el brazo y me entregó un bolso deportivo parecido a los que usan los jóvenes de la escuela de patinaje. Lo guardé, me acosté. Caí en un sueño que alcanzó la mañana. No era una ilusión, a mi lado estaba el bolso. Lo abrí. –Un par de patines para mí, dije. En la tarde me acerqué a la pista. Allí estaba la primera dama del departamento. Se rió, –qué bien, Fabián, te compraron patines, me

dijo, mientras me ayudaba a entrar a la zona de competencia. Sin más ni más, empecé a andar. Seguidamente corrí hasta tragarme la pista. Los presentes, incluyendo al técnico, quedaron perplejos.

Yo pasé, de ser un desconocido, a convertirme en la esperanza de La Escuela de Patinaje, Los Corre Camino. Pero en la noche, cuando me aprestaba a dormir, miré para el coliseo, y allí estaba nuevamente la joven hermosa. Me habló, se trató de una explicación corta. –Tienes cinco oportunidades para alcanzar la gloria. Me dijo. Te quedan cuatro... y desapareció.

Al siguiente día, el entrenador reunió a los padres con sus hijos en las gradas para informarles que ese día se harían las pruebas clasificatorias al campeonato nacional infantil de escuelas de patinaje. Solamente quienes alcanzaran las marcas mínimas asistirían. Para mí, fue pan comido. Alcancé el máximo puntaje entre los treinta integrantes de la escuela. Recordé la advertencia, me quedan tres. El asunto pasó del barrio al interés de la ciudad, mi foto estaba en el periódico. Mis amigos del barrio me molestaban, me decían campeón y hasta me pedían autógrafos. Quedan tres oportunidades. En las eliminatorias con otras escuelas del departamento gasté una más... quedaban dos intentos que se quemaron en la capital del país, en plenas competencias nacionales: uno me llevó a los octavos de final; dos días después, me ubiqué primero en los cuartos de final... y fuera. Quemé todos los cartuchos, dije

internamente. Y ahora qué hago. No lo había comprendido. Llegó la noche, esperé que esa bendita mujer apareciera por algún lado del cuarto. Pero creo que el frío no se lo permitía. En la lucha, de tanto cavilar, me dormí. Amaneció, nos bañamos, desayunamos, en seguida pasamos a una charla con el entrenador, quien dio la orden. Busquen su indumentaria y prepárense psicológicamente que hoy conoceremos la gloria, y me abrazó. Cuando entré al cuarto, busqué, desarmé la cama, lloré, de inmediato se vinieron todos los de la delegación más los empleados del hotel. Mi bolso, con los patines, había desaparecido. De inmediato empezaron las conjeturas. Al final me prestaron unos que sobraban. El entrenador me los calzó, salté a la pista. Mis orejas sentían la brisa fría, mi corazón era una mezcla de frustración y alegría.

2° Lugar: Yaoo habita en el patio de mi casa

Tiffany del Carmen Lajud Castillo

Tiffy, una niña de diez años, afirmaba ser amiga de Yaoo, el dios de los chimila. A su edad entendía cuando su padre le decía que Yaoo es el bosque donde se encuentran los árboles que dan fruto y las plantas que curan las enfermedades. También pudo comprender por qué tanta alegría en el rostro de su viejo cuando, en el patio, logró desenterrar una tinaja de origen precolombino que de inme-

diato pasó a ocupar el centro de la mesa del comedor. Esta tenía cuatro narices en medio de dos pares de ojos que, a la vez, daban forma a cuatro caras que le permitían mirar de frente y, sin girar, hacia los cuatro lados de la mesa. Cada vez que los miembros de la familia tomaban los alimentos, la tinaja parecía llorar y otras veces parecía reír.

Aquella relación rica en preguntas y explicaciones sobre la naturaleza de Yaoo, desarrolló en Tiffy un amor inmenso por los árboles. Sus compañeros de clase le mortificaban la vida cuando ella les aseguraba que Yaoo sufría cada vez que, irresponsablemente, apedreaban un mamón que, para su desgracia, había logrado sobrevivir pegado a una de las paredes del colegio Nuestra Señora de la Santísima Trinidad, donde estudiaba Tiffy con sus compañeros.

Aquel mamón era tan buen árbol que les daba sombra a dos vendedoras de jugos baratos y empanadas chorreadas de aceite. Es más, cuando se iba la luz se escuchaba decir a los estudiantes, como si lo amaran, –Vamos a dar clase debajo del mamón. Y para completar, aquel árbol se hizo famoso por el tamaño y dulzura de sus frutos. Varios vecinos, incluyendo a las dos vendedoras, hacían su agosto comercializando la cosecha por las calles del pueblo.

Cuando Tiffy suplicaba para que cesaran los ataques a piedra de sus

compañeros de clase contra el árbol, aumentaban las burlas.

–En ese árbol está Yaoo, no lo maltraten. Les gritaba

Más de una vez, a Tiffy le tocó escuchar los argumentos de algunos desnaturalizados que afirmaban que con golpes y malas palabras, el mamón paría más.

La lucha de la niña no tuvo eco ni siquiera entre los profesores de Ciencias Naturales que hablaban de la importancia de cuidar el medioambiente y los peligros del efecto invernadero. Hasta organizaron una campaña relacionada con el tema. Esa vez, le colgaron una tablilla al pobre mamón con un mensaje, “Siembra un árbol, cuida la naturaleza”. Tres días después, un grupo de estudiantes jugaban tiro al blanco con la tablilla.

Pero un lunes, el profesor de español leyó un cuento corto titulado, Torcido y Derecho. Aquella historia narraba un diálogo de dos árboles en un bosque. De inmediato Tiffy recordó a Yaoo. Seguidamente el profe invitó a participar en un Concurso Municipal de Cuento que promovía el cuidado del medioambiente. Tiffy aprovechó la ocasión para contar el sufrimiento de Yaoo. El jurado escogió la historia de la niña para impulsar la campaña, ¡Siembra un árbol, Yaoo te lo agradecerá!

Desde entonces Tiffy se convirtió en la defensora del medioambiente más importante de aquel pueblo y sus amigos así lo reconocieron. Por esta razón se unieron a la causa y se convirtieron en amigos de Yao, el dios de los chimila.

3^{er} lugar: El gaitero, ratones y gatos

Manuel Joaquín Alfaro Benavides

Un narcotraficante compró una finca para organizar un zoológico. Tenía tanta plata que le alcanzó para traer animales exóticos de los lugares más lejanos del planeta. Aquel lugar era visitado por cientos de personas, tanto de El Playón, donde yo vivía, como de otras regiones.

Pero un día todo se acabó tan rápido como fue construido. Del cielo llovían policías y soldados, y por tierra era peor el asunto: carros, con ametralladoras, pasaron por la única calle del pueblo sin mirar el peligro para los habitantes. Parecía el final del mundo.

El alboroto demoró una semana. Después nos fuimos acostumbrando al aviso que, pegado al portón de la entrada principal, advertía. “Prohibido pasar, extinción de dominio”.

Pasaron varios años hasta que aquel sitio quedó completamente

abandonado. Entonces, niños y adultos caminábamos detrás de los recuerdos. Los animales salvajes fueron trasladados a otros zoológicos y solo nos tropezábamos con unos gatos que de tanto comer ratones, crecieron y se engordaron hasta sobrepasar su tamaño original, y lo peor, debido al aburrimiento de sentir la carne de ratón en su paladar, prefirieron hacer amistad con ellos para comerse a otros animales.

Desde que entró en cumplimiento aquel decreto, las gallinas, pavos y patos empezaron a desaparecer. Entonces, los habitantes de El Playón, nos armamos para enfrentar aquella amenaza, ya que sentimos, peligraban nuestras vidas.

A alguien se le ocurrió aplicar la fórmula del Flautista de Hamelín; convencieron al señor Antonio Vergara, un gaitero viejo que había enterrado a todos sus compañeros de grupo, y que esperaba su hora, solo, en una casa de bahareque. El anciano aceptó la responsabilidad, sobre todo porque a medida que pasaban los meses, los gatos y ratones, en contubernio, cada vez se volvían más inteligentes, contrarrestando los planes de defensa de los desesperados habitantes del pueblo, que sitiados no sabían qué hacer.

Don Antonio desenfundó su gaita, la acarició con cera para darle presencia; a las seis de la mañana inició el recorrido por el callejón

que llevaba hasta el zoológico. Hombres, mujeres y niños se encerraron y por las rendijas asomaban las miradas. Pasó una hora, como poseídos, los ratones intentaron agredir a los gatos, argumentando que abandonarían aquel lugar. Los gatos les recordaron el pacto; maullidos y chillidos iban y venían para dar paso a un enfrentamiento sin cuartel. El macabro pacto se había roto.

El pueblo, reunido en la plazoleta del caserío, gritaba vivas para el gaitero. La algarabía se interrumpió para dar paso a los últimos gatos que detrás de un ratón abandonaron el pueblo.

4° lugar: La sabiduría de las hormigas

Valeria Valencia Jiménez

Esta historia sucedió en el patio de mi casa donde mi abuela tiene un pequeño jardín, un palo de tamarindo y dos palos de limones, uno es de mandarinas. No es un patio grande que digamos, pero es suficiente para que mi hermano y dos compañeros de colegio juguemos bolita de cristal, tenis o la libertad. Todo iba bien, durante las tardes, hasta el día que empezaron a desaparecer las canicas cuando caían en el jardín. Hasta allí creíamos que el asunto podía ser normal, y debido al respeto por las cosas de mi abuela, que adoraba sus matas más que a sus nietos, preferíamos no escudriñar

el jardín. Pero la situación empeoró cuando se nos extravió una de las pelotas de tenis. La búsqueda fue intensa, y solo se interrumpió cuando mi abuela gritó molesta al ver que le habíamos pisado y volteado el césped y arrancado algunas flores.

Al día siguiente, aproveché la soledad del patio, debido a las advertencias de mi abuela, para buscar con más calma y sin hacer bulla. No olvidé las palabras de mi madre, que al escuchar mi preocupación, me dijo que no habíamos buscado con fundamento. Entonces me ubiqué del lado de la cerca, entre las matas más altas. Me arrastré y seguí un camino de hormigas que desembocaba en un hueco rodeado de tierra menuda, de esa que mi abuela utilizaba como abono. Consideré que las canicas podían caber por este orificio, pero no la pelota de tenis. Entonces metí una vara delgada que se fue toda sin alcanzar el fondo.

Cuando intenté sacarla, sentí que alguien o algo la jalaba con tanta fuerza que tuve que soltarla. No tenía miedo, más bien me aumentó la curiosidad. Pensé que se trataba de la reina de las hormigas. Sin medir las consecuencias, decidí asomar el ojo casi hasta tocar la tierra con las cejas. Lo que vi me dejó, como dice mi hermano, azul. No recuerdo haber perdido el conocimiento. Pero después de recibir el ataque de varias hormigas sentí que mi cuerpo se reducía como sucede con mi héroe, el Chapulín Colorado, cuando toma sus pastillas de chiquitolina. Inexplicablemente, unos minutos después, me

encontraba completica y metida en aquel mundo subterráneo: se trataba de hormigas gigantes, eso creí.

No hubo diálogo, ni señas, solo recuerdo que me encontraba parada en la orilla de un enredado pasadizo donde trabajaban miles de estos insectos. Observé sin cerrar los ojos y sin el menor asomo de miedo, cómo controlaban la temperatura de aquel lugar sin presencia de electricidad. Almacenaban alimento sin ocupar mayor espacio ni contaminar. Eran miles moviéndose y trabajando sin pelearse. Había hormigas jefes especialistas en el oficio de enseñar a obedecer. Y las hormigas líderes no actuaban como los políticos, eran líderes. Lo que vi, era un apretazón de insectos tirando para el mismo lado. Si me metieron a su mundo, eso pensé, para que observara cómo se trabaja en equipo, aprendí la lección. No había terminado la reflexión cuando escuché el grito de mi abuela, preguntando dónde me había metido.

Debieron pasar varias horas. Pensé en buscar la salida, tarea que no fue difícil. En cuestión de segundos estaba nuevamente en el jardín. Y sin explicación recuperé mi tamaño normal. Sacudí la tierra de mi ropa. Respondí a mi abuela, –Ya voy abue. Cuando me preguntó dónde estaba, le dije, –Aprendiendo de las hormigas abuela. No sé si escuchó mi respuesta. De inmediato me dio la orden, –Vaya a hacer las tareas, deje de estar perdiendo el tiempo con esos insectos.

5° lugar: La ranita y el toro

Helka Villalba Pérez

Había una vez una ranita que vivía en el bosque. En el bosque vivía un toro que se portaba como un rey. Él mandaba a todo el mundo y tenía muchas riquezas. El toro hacía un reinado con todas las chicas del bosque y, por supuesto, la rana participaba. Todos los años la rana perdía. Era el año 2005 y el reinado ya había acabado. La rana se sentó con su amiga la tortuga en frente de una laguna pequeña; la rana tenía sed y bebió agua con un pitillo que llevaba en su bolsillo. A la tortuga se le ocurrió una gran idea y le dijo a la rana:

–Vamos a llenarte de agua y te inflarás y serás grande y fuerte como el toro.

La rana hizo lo que le aconsejó su amiga y quedó igual que el toro, grande y fuerte. Participó el año siguiente. Ganó y fue la reina del bosque. Todos los días la rana le pedía algo diferente al toro y cuando ella tenía rabia –o fingía que tenía rabia– lo mandaba a dormir afuera, y en la noche salía a repartir a sus amigos de lo que le quitaba al toro. Ella en casa y el toro mamando frío en la calle.

La rana hizo un concurso para que su esposo participara, pero ganó un amigo de ella. Hicieron una fiesta. Al día siguiente todos comentaban en la calle detalles sobre la fiesta, como sucedía con todos los eventos del bosque.

El toro llegó a chismosear, como cualquier chismoso de los tantos que abundan en el bosque. El toro le preguntó al ganador.

–¿Por qué la rana no me invitó a su fiesta?

–Yo no sé –respondió el ganador.

La rana salió de entre la multitud y le dijo al toro.

–Yo no te invité porque tú no me invitabas a tus fiestas.

El toro se enfureció tanto que se fue corriendo y no regresó jamás. Y todos viven felices en el bosque desde ese año.

6° lugar: Una máquina para viajar al futuro

Fernando José Ospino Cortina

Me encontraba mirando por la ventana; ya estaba oscureciendo, eran las 6:30 de la tarde cuando llegó mi madre.

–Hijo, traje el mercado –me dijo.

Una hora después llegó mi padre. Lo supe porque siempre hace la misma pregunta mientras toca la puerta.

–¿Hay alguien en casa?

Mi madre bajó del segundo piso a abrir. De inmediato, sin verificar mi presencia, como un autómata, me interrogó una vez más.

–¿Hiciste las tareas?

Yo, con actitud parecida, le respondí

–Si, papá.

Una hora después salimos a comer, llegamos al restaurante Las Delicias, que igual, estaba metido en mis recuerdos desde el mismo día de mi nacimiento, y para completar, mi padre pidió, por enésima vez, la misma comida; solo que en esta ocasión, argumentó dos razones diferentes para invitarnos. No era para menos, mi madre lo aborda con algo de sorpresa

–¿Cuáles son amor?

–Bueno, la primera es que me han trasladado a la ciudad de Bogotá–
–respondió con la voz de jefe.

De inmediato yo me pregunté, si esta es la buena noticia no quiero escuchar la mala.

Mi padre dijo:

–Parece esta

Mi madre insistió:

–¿Cuál es la otra noticia, lo dijo con algo de angustia...

–Bueno, se escuchó.

–Es que en vacaciones nos vamos para la ciudad de Orlando, Florida Estados Unidos.

De inmediato llamó al mesero ¿cuánto es la cuenta? Pagó y nos fuimos.

Pasadas dos semanas, desde el día que mi padre nos dio la noticia, salí a hacer una tarea en compañía de mi grupo de trabajo en un café internet. Cuando llegué, de inmediato Jordi, un amigo, se ubicó en el navegador. La noticia, más la imagen del siniestro, ocupaba gran parte de la pantalla “20 muertos y 10 heridos deja la caída de un avión”.

Al salir recibo una llamada de mi madre. Hola Isaías ¿dónde estás? No hubo necesidad de detalles, algo en mi interior me decía que se trataba de mi padre. Yo conocía su itinerario de trabajo y en esa

línea aérea estaba él. ¿Cómo, cuándo y dónde? Mi madre, llorando me explicó escuetamente, tu padre... en una tragedia: murieron 20 personas y dejó 10 heridos.

Pasó un mes desde aquella desdicha y en medio del dolor, en mi mente deambulaba, aquel sueño frustrado, la ciudad de Orlando, Florida en Estados Unidos. Cuando mi pensamiento volvió a la tierra, era inevitable, estábamos los tres en el cementerio. El nombre de mi padre acompañado de un epitafio, y mi madre y yo volábamos por mares de incertidumbre que se diluyeron varios años después cuando terminé mi bachillerato. De allí en adelante seguí la carrera de ingeniería mecatrónica, la hice con una disciplina de monje. El paso de los años había borrado de mi vida el toque de frustración.

Seis años después me encontraba en la ciudad de Orlando, estaba rodeado de colegas de otros países. Yo mostraba orgulloso mi invento, una versión mejorada para pilotos automáticos que ayudaría a reducir los riesgos de accidentes.

Aquel invento resultó de mis incontables intentos para construir un aparato que me permitiera soñar y a la vez hablar con mi padre. Nunca se lo conté a nadie para evitar las burlas, pero creo que lo logré. Ese día comprendí, gracias a los consejos de mi progenitor, cómo es que se viaja al futuro.

7 lugar: El bosque de la muerte

José Carlos Hernández Salcedo

Una vez iba caminando por un bosque al que todo el mundo le tenía miedo; los cazadores no se atrevían a pasar por esa zona.

Iba con mucho temor a que alguien me tocara el hombro; se oían los tenebrosos aullidos de los coyotes. Se me hizo muy de noche y como todos dicen que ese bosque era el de la muerte, la piel se me erizó, sentía mucho frío; sentía que estaba alucinando despierto con animales como el lobo y el puma.

Esa noche caía un torrencial aguacero. Mi mamá, como era su costumbre, me dio la bendición y dejó las luces del cuarto prendidas. Tomé entre mis manos un libro de cuentos infantiles de Rafael Niño, me quedé dormido sentí que caminaba mucho, pero siempre en la misma dirección, me acordé de Alicia la joven que se tragó la selva.

Recuerdo que comí muchos insectos y ranas para sobrevivir, los mosquitos me chupaban la sangre, me puse encima unas palmas porque hacía mucha brisa, mientras que por un pequeño orificio observé unos osos. Saqué mucha fuerza de donde no había, encendí fuego, escuché el helicóptero que vio la señal y me rescataron. Estaba delgado y deshidratado. De inmediato me llevaron a una clínica y al día siguiente me dieron de alta.

Cuando desperté estaba muy cansado y sudaba mucho porque tenía una fiebre muy alta y mi mamá me dijo que todo estaba bien, que solo era un sueño acompañado de una pesadilla; colorín colorado este cuento se ha acabado.

8 lugar: El perro que no sabía ladrar

Richard Alexander Rodríguez Gamarra

Erase una vez una niña que quería tener un perro.

Un día hablaba con su padre sobre los perros. La niña estaba muy alegre y le dijo a su papá que le comprara un perro. –Bueno, vamos a una tienda de mascotas para comprártelo.

La niña se fue emocionada a la tienda con su papá y preguntó:

–¿Cuánto valen los perros?

–Si es para ti, te voy a regalar un perro –dijo el vendedor.

Y, efectivamente, el vendedor le regaló un cachorrito peludo y bonito. La niña lo cuidó muy bien hasta que creció. Sin embargo, la niña notaba algo muy extraño en él: el perro no ladraba. Ella quería que ladrara como hacen los demás perros.

Una noche soñó que el perro ladraba porque un hada le concedió un deseo.

Ella quería que ese sueño se hiciera realidad.

Tanto lo deseó que un hada se le apareció con una varita mágica y le dijo:

–Yo puedo cumplirte un deseo–

–Quiero que mi perro ladre –dijo la niña.

El hada le concedió ese deseo y la niña se puso muy feliz con su perro porque al fin aprendió a ladrar.